

O sheriff de Little Town

Por X. FERNÁNDEZ FERREIRO

Unha vez que se separou de Tracy, Látigo Negro emprendeu unha longa fuxida. Quería alonxarse de Oregón onde sabía que o buscaban por roubo e asasinato. Cabalgou varias semanas, sempre cara o sur. Un día parou nun pobo para cambiar de montura. «Vostede non saberá se anda por estas terras un tal Látigo Negro», preguntou ó que lle vendera o cabalo. «Nunca oín tal nome», díxolle. Entrou nun saloon para tomar algo. Pediu visquí. Mirou ó seu arredor. Nunca vira a ninguén. Aquilo dáballo seguridade. Nun sitio así tería que apou-sar. Non ía estar sempre fuxindo. E se non o coñecían...Pero a paz era só aparente. Poucos minutos despois de entrar no saloon, chegou un grupo de cinco homes, fortemente armados, no medio dun gran rebumbio. «Son os catreiros», dixo alguén temeroso. A xente púxose moi nerviosa. Algúns quixeron saír, pero na porta había un mocetón que lles interrompía o paso. Eran os homes Billy o Vello que, segun-do soubo despois, tiñan atemorizados ós gandeiros da comarca. De-seguida apareceu o sherif. Díxolles que saísen do saloon e que se mar-chasen do pobo. O que parecía o xefe, Billy, sorriu e díxolle que se fo-se el. E, sen mais, desenfundou o revólver e meteu un tiro no medio da fronte. Látigo permanecía á beira do mostrador tomando o visquí. «E ti que fas aí tan arrogante, amigo?», pregunto Billy. «Xa ves —dixo Látigo sorrindo—. Tomando uns tragos. Coma ti». «Semellas forateiro. Bebe e liscas», aconselloulle Billy. «Bótame ti», dixo Látigo. Billy remelou os ollos. Sacou o revólver, pero Látigo adiantóse e disparou ferindo na man e desarmando o catreiro. A outro que qui-xo disparar contra el, fíxolle o mesmo. Os demais xa non se atreve-ron. «Tirade as armas e largádevos». «Volveremos por ti», dixo Billy cheo de rabia. «Aquí estarei». Látigo Negro foi nomeado entón novo sherif do pobo: Little Town.

CARREIRO



Pensando sobre los diccionarios

Por MANUEL ALVAR

Quienes nos dedicamos a los trabajos lexicográficos nos preguntamos cómo trabajan aquellos nuestros remotos antecesores. Hoy sabemos que aquellas gentes se conocían unas a otras. O, para ser más exactos, tenían un aprendizaje común: Plácido Gramático y los *Synonymia Ciceronis* o los conjuntos que llegaron a ser más influyentes: el *Liber Glossarorum* o *Glosario de Ansileubo* (¿siglo VII?), Pablo el Diácono (finales del siglo VIII) o Papias (mitad del IX). De estas tres obras procede la lexicografía medieval: ¡cuán largo ha sido el camino recorrido! Porque hubo que inventar todo: sistematización gráfica, ordenación de las entradas, rigor en las definiciones, etc. Y esto hace pensar en historias viejas, pero que nos pueden servir de experiencia.

La lengua como servicio

Cuando estudiamos las glosas emilianenses, por usar un ejemplo conocido por cualquier español culto, nos encontramos una clara situación de diglosia; se dirigen a gentes movidas en una doble tradición latina: la clásica y la vulgar. Así la palabra *beatitudo* era sustituida por *felicitas*, *bellum* por *pugna*, *crimen* por *peccato*, *incolumis* por *sanus* et *salvus*, *utroque* por *ambo*. Basten estos ejemplos. Otro tanto puede decirse de las glosas silenses con los dos niveles de lengua: el clásico y el vulgar o tardío (*abluit* = *lavar*, *alut* = *nutrit*, *auruspices* = *adivinos*, *pretio* = *pretio*, etc.). De estos modestos quehaceres se desprende un hecho cultural mucho más importante: en los últimos decenios del siglo X y en los primeros del XI se produjo una ampliación progresiva del penitencial europeo y, para hacerlo más comprensible, los manuscritos se llenaron de apostillas, y estas glosas, por lo común, respondían a una tradición cultural que se extendía por todos los pueblos de Europa. Pero vivimos siempre de la historia: lo que ocurre en un tiempo y en unos niveles, se repite siglos y siglos más tarde. Adaptado a la nueva realidad, es cierto, pero somos lo que la historia nos ha hecho ser. Los viejos escoliastas anotaban, no dogmatizaban, y querían servir a quienes necesitaban de su saber. Y ahora vemos que se repiten las mismas circunstancias: los diccionarios recogen variantes y variantes porque es necesario que la historia, también ahora, aclare las cosas. Pero entre tanto la prudencia no debe separarse de la vida. Y la vida son estas variantes fonéticas y léxicas que nos hablan de una lengua que existe y que por ello es movidiza y, en ocasiones, inestable. Cuestiones que apuntan a otras, que aquí nos produce no poca admiración: cualquier autor responsable pone su diligencia en allegar todos los materiales conocidos (aunque estén poco divulgados) y en tal sentido le han sido útiles vocabularios, glosarios, monografías locales, encuestas de campo, etc. Por eso los niveles de lengua también deben registrarse

para enriquecer una obra de suyo copiosísima. Para salirme de caminos muy trillados, quiero fijarme en un ejemplo particular, el gran *Diccionario gallego*, de Isaac Alonso. Resulta entonces que esos dos motivos fundamentales (digamos acopio y originalidad) han conducido a otra cuestión nada desdeñable: al recurrir a todas las fuentes y no traducir esquemas previos, se acumula una cantidad del léxico que ayudará a revisar y plantear *cimón*, que suelen aducirse en dialectos italianos y que —al parecer— en Galicia se documentan por doquier, o la vitalidad de *agnum/agninum* que deja como herederos a *año* o *aniño* (vivo en las cuatro provincias gallegas); o los mil derivados de *varum* o la vitalidad de *antaruyá*, negada por algunos. Incluso habrá que plantearse —una vez más— las relaciones de Portugal con Galicia, pues *alface*, *mojo* o mil más no son exclusivas de un dominio sino que pertenecen a los dos.

Se nos está planteando la propia naturaleza de cualquier lengua, y la del gallego en el caso que estudiamos: una estructura lingüística recibe influjos muy variados, a los que recoge y asimila o rechaza. Este *Diccionario* tiene muy clara conciencia de cómo son las cosas y, lo mismo ocurre en todas partes, cree que el eclecticismo es válido no como fácil componenda, sino como arduo quehacer en busca de un consenso que valga para todos y a ninguno dañe. Sus ejemplos están tomados de la realidad lingüística y no inventados, sinónimos y antónimos, locuciones y refranes, todo cuanto pueda ayudar a la comprensión de lo que la palabra es o de lo que la vida refleja en ella. Por eso vale también la etnografía; es decir, algo que no es lexicográfico, pero que nos acerca a motivos lingüísticos: la llamada escuela de «palabras y cosas», que cuenta con el egregio ascendiente del padre Sarmiento o los importantes estudios de la escuela de Hamburgo.

La esencia, pervive

He comenzado con unos comentarios históricos y quisiera acabar con otros teóricos. Un buen diccionario nos sitúa en plena doctrina de Saussure. Eso que llamamos *voz*, *palabra*, *vocablo* es un signo lingüístico: tiene su *significado* (contenido semántico) y su *significante* (exposición del significado): es decir, hay nociones que pueden pasar de una lengua a otra con sólo cambiar la forma de enunciarlas: decir *arbor* o *tree* o *Baum* es perfectamente traducible o trans-portable. Los hombres que evocan esos contenidos podrán asociar la palabra a un naranjo, a una palmera, o a un alerce o a un pino, pero la esencia vegetal, que es la planta, no se perturba. Se ha podido «trasladar» la noción *arbor*, pero los enunciados fónicos se han cambiado por completo.

El signo lingüístico es arbitrario: tan justificado es llamar *arbor* al «árbol» como *tree*,

como *Baum*. Pero, además, el signo tiene esos dos polos, uno transmisible (el *significado*) y el otro no (el *significante*); en ellos se apoya ese embrión lexicográfico que es un diccionario cuando trata de sustituir unos significantes por otros, sin modificar los contenidos, es decir, para *reducir* y *trasladar*. Resulta claro que dar las equivalencias como hacen los glosarios medievales sólo es factible cuando hay una total correspondencia de contenido, sin tener en cuenta los significantes: entonces *arbor* puede tener, como en los glosarios ingleses o irlandeses, su equivalencia *tree*, pero ésta es —sólo— una tradición medieval, por más que haya estado viva hasta hace poco.

Hoy las necesidades son mayores: no basta con *trasladar*, aunque sea interpretando; es necesario —además— comunicarse oralmente. Lo que si en esencia es lo mismo, cobra inusitada complejidad. Seguimos con la necesidad de descodificar un mensaje y de codificarlo de nuevo, pero ya no con las letras inertes, sino con sonidos vivos. Es decir, trascodificarlo no sólo en símbolos de segundo grado, sino, además, en otros del primer nivel. Con otras palabras: hablar es transcribir nuestra idea del mundo por medio de signos orales; éste es el primer proceso de simbolización: nosotros no transmitimos realidades, sino sonidos que nos permiten descubrirlas y, en ocasiones, identificarlas. La fijación del sonido por la escritura es una nueva simbolización. Tenemos, pues, la visión del mundo, su transmisión simbólica por signos orales, su fijación material en la escritura. Por eso el largo camino de la lexicografía se enzarza en nuevas dificultades que, *grosso modo*, vamos a llamar *evolución*. En el momento en que el usuario quiere disponer de unos elementos que ya no sean estrictamente léxicos, el glosario habrá de ser válido y nacerán los diccionarios de mil tipos diferentes. Pero sin el primer paso no hubiéramos podido progresar en los demás. La sabida *paranomasia traduttore = traditore* no es universalmente válida.

Un descubrimiento

Estos modestos lexicógrafos medievales nos han descubierto algo mucho más importante: en el principio fue el *interpres*, sin él la cultura no hubiera avanzado ni, probablemente, hubieran existido los diccionarios. Más aun, a través de las glosas como las que he expuesto, o fórmulas como las merovin-gias, estudiadas por Pirson, el latín seguía vivo en esa su andadura moderna que son las lenguas románicas.

Y he aquí cómo un diccionario, esto es, un utensilio eminentemente práctico nos ha venido a plantear multitud de problemas científicos. Y eso suscita una cuestión previa o conclusiva. ¿Cualquier diccionario obligaría a pensar así a un historiador de la lengua? ¿O sólo obligan a ello los buenos diccionarios?

Olo cos políticos que afían as navallas

Por XOSÉ LÓPEZ

Había unha vez un país que se chamaba Galicia. Contaba cuns políticos maravillosos. Non podía ser doutro xeito, porque tódolos que saltaban ó terreo público facíanse valer. Repartían obras, subvencións e outras le-rías coa esperanza de controla-los movementos dos críticos. Sabían moito da súa historia. Pero eles estaban por riba do ben e do mal. Tiñan licencia para vexetar.

Un día chegou o embaixador Fuco. Viña de alén dos mares para estudia-los grandes pro-jectos de modernización para o ano 2000. Chegou cheo de plans ó pazo onde gobernaba un presidente conservador, ve-llo estadista.

Mentres preparaba a entrevista número mil, o conde Fuco ti-vo tempo de olla-los xornais. O diplomático non saía da súa sor-presa. Lía artigos con sorpren-dentes pseudónimos nos que ba-róns da coalición gobernante se cruzaban fortes insultos. Uns di-cían que ían á caza de Romay e outros propoñían ó político be-tanceiro como aspirante a esta-tua dos altares. Fuco tomou boa nota. Foi así como cumpliu coa súa cita no pazo presidencial. Ali ti-vo tempo para ouserva-la acti-tude do cofrade maior, un pa-trón preocupado polas navalla-das entre os seus colaboradores. Algúns de cen caras, como ben comprobou Fuco nas ducias de tertulias polas que andou na ci-dade de Compostela.

Pasado un tempo, alá volveu Fuco o seu lugar de orixen coa desagradable sorpresa de que os políticos galegos ensaiaban a co-tío o triple salto mortal. Nas con-veras de café concluíu, con varios amigos expertos en cues-tións galaicas, na moi particular condición dos gobernantes de Galicia, aínda que non totalmen-te diferente da que gastan nou-tros lugares.

Por se foran poucas as sorpre-sas de Fuco, uns días despois de face-lo blance da súa peculiar pe-grinación enterouse dunha pe-lexa entre deputados galegos por mor dunhos papeis para o sorteo de vacacións nas Canarias. En-tón acordouse do consello do seu brillante asesor: «Quen parte e reparte leva sempre a mellor par-te. Pero, olo cos políticos que afían as navallas na costa mou-ra». De seguido, logo de recor-dar este inigmático conto, solici-tou a supresión de Galicia nas súas viaxes oficiais.